Ros — Es usted uno de nuestros hombres, Roberto.

Rob — Yo soy un buen amigo de todos ustedes.

Ros — ¿Pues y nosotros? Sepa usted que Leandro es uno de sus grandes admiradores ¡De mi no se diga!.. ¡Yo creo que á veces Leandro tiene celos!. (*Riendo. Don Leandro se rie también.*)

Rob — (*Rie á su vez.*) No hay motivo, don Leandro, no hay motivo.

Ros — Pero Leandro.. Leandro.. Usted sabe que él nunca falta á la tribuna diplomática del Senado ¿Verdad que nunca faltas?

Lean — Nunca. La cosa pública por los altos intereses que representa, y el Senado por la seriedad con que se trata de la cosa pública, absorben de continuo mi atención. Pues mañana, amigo Roberto, por usted, sólo por usted dejo mi tribuna del Senado, por una tribuna del Congreso.

Rob — ¡Agradecidísimo, señor don Leandro!

Ros — No lo olvide usted, Roberto; somos sus *fieles, sus leales.* Cuando llegue usted al poder es preciso que Leandro le admire á usted, no desde una tribuna de cualquiera de los Cuerpos colegisladores, sino desde los escaños del Senado ó del Congreso.

Lean — ¡Por Dios, Rosario! Eso es comprometerle á que me haga senador ó diputado. No; mi amistad es desinteresada. Cuando usted me necesite, me encuentra. ¿En mi casa? Pues en mi casa. ¿En la tribuna? Pues en la tribuna. ¿En un escaño colegislador? Pues en el escaño colegislador. (¿Se podrá decir *escaño colegislador*? Se lo preguntaré á don Perfecto.)

Rbo — No tenga usted cuidado. En cuanto yo sea poder, que quiera usted que no quiera, le siento de golpe en el primer escaño que encuentre vacío.

Lean — ¡Por Dios, yo no merezco!

Ros — Tú lo tienes merecido hace mucho tiempo. Perdone usted, Roberto, esta franqueza, que pudiéramos llamar..

Rob — Franqueza conyugal.

Lean — Por Dios, no hablemos de mí. Hablemos de su discurso de mañana. Usted nada me ha dicho, pero yo adivino algo muy hondo; algo muy elevado; algo muy transcendental. Este viejo edificio de la política necesita fuertes pilares. Hay que *apilarar* la vetusta mole.(¿Se

podrá decir apilarar?) Pues bien, usted es uno de nuestros grandes pilares.

Ros — Eso es evidente; aun sin entender de esas cosas, se adivina.

Rob — Ustedes me abruman.

Lean — No, si no es adulación. Yo no aduló nunca á nadie por nada. Usted conoce la independencia de mi carácter y hasta mi rudeza.

Ros — Somos así, amigo Roberto.

Lean — Así es que yo nada diré de usted, nada. Nada de su noble carácter, de su inteligencia elevadísima, de su elocuencia maravillosa, de su profundo saber, de su conocimiento del corazón humano, de su exquisito talento de su hermoso corazón.. (*Impaciencia y disgusto en Roberto.*)

Rob — Y de mi gallarda apostura, que es lo único que le falta á usted.

Ros — Porque de eso me encargo yo (*Riendo. Todos rien.*)

Lean — ¡Oh! Y esto no lo decimos por adularle.

Ros — Si usted no nos oyese, otras cosas diríamos.

Lean — Otras cosas le decíamos ayer á don Perfecto.

Rob — Lo creo. Bueno; pues ahora, á confiarnos al porvenir. Al porvenir mi enaltecimiento y su senaduría.

Lean — No se hable de eso. (*Dándole la mano.*) Soy de los fieles.

Ros — Leandro es de los fieles.

Rob — Mi enhorabuena, doña Rosario, si es de los fieles, porque de esos hay pocos. (No puedo más. (*Con disgusto*)

ESCENA VIII

ROBERTO, DOÑA ROSARIO Y DON LEANDRO; FERNANDA, muy elegante y entrando con cierto ímpetu: todo el ímpetu compatible con su clase y su sexo

Fern — (*Al criado que espera y está dentro.*) No me anuncie

usted, no se moleste; ya sé el camino. ¡Mi querida Rosario, cuánto me alegro!

Ros ¡Querida Fernanda;

Fern Mi enhorabuena. Ya sé que han ascendido al chico. Bien te ha servido el ministro. ¡Don Leandro!..

Leau Señora..

Fern Va usted á Viena? Eso se dice. Estos diplomáticos.. La familia prospera. Todo el mundo la sirve A mi, nadie. Como no me sirva Roberto cuando sea poder, estoy perdida. (*Dándole la mano.*) ¿Tendré otro desengaño? ¡Amiga Fernanda, la vida es un puro desengaño!

Rob No siempre. Usted es de los leales, y yo también. Ya tengo mi papeleta para mañana. Yo no entiendo de po-

Fern lítica, pero me arrebata la elocuencia. Y usted.. no quiero regalarle el oído. Pero de seguro que no me gusta su discurso de mañana, como el que pronunció usted hace tres meces defendiendo á aquel pobre diablo. No se me olvida; me hizo usted llorar ¡Y usted casi lloraba ¡Dios mío, Rosario, que hombre éste! ¿A que se ha olvidado usted de mi recomendación? De seguro. Si no, con la influencia que usted tiene, ya estaba resuelto mi pobre expediente. ¿Qué le importan al Estado ciento veinte ó ciento treinta mil duros? Ni más pobre ni más rico. Y á mí me colocaba los huesos en su sitio.

Rob Ya están muy bien colocados.

Fern No lo eche usted á broma ¿Hizo usted la recomendación?

Rob La hice en justicia.

Fern Pues si no me la resuelven ellos, me la resolverá usted, y en justicia, que carga de justicia es.

Rob Pero yo, ¿cómo?

Fern No se haga usted el chiquillo. Todos dicen que mañana se hace usted el amo de España.

Rob Realmente.. no sé qué decir.

Fern No se dice nada. Se bajan los ojos con modestia, y yo sigo diciendo: es usted el hombre de moda de las altas esferas; el triunfador, el héroe.

Lean ¡Una gran esperanza para la patria!

Fern ¡Y para todos nosotros!

Rob Pues ya tengo los ojos inclinados al suelo; pero no sé qué contestar á ustedes. A poco más apelo á la fuga, y

no hay discurso, ni poder, ni esperanza, ni nada.

Fern No sea usted vanidoso: no todos son elogios, ni todos son amigos. Cuando se tienen las aspiraciones de usted, enemigos no faltan.

Rob Señora, yo no aspiro á nada.

Fern ¡No diga usted tonterías! ¡Todo el mundo aspira! ¡Todos aspiramos, y cuando no podemos aspirar otra cosa, aspiramos aire! ¡La humanidad se pasa la vida aspirando! ¡Ah!.. ¡ah!.. ¡ah!.. sin aspiraciones, la asfixia..

Rob Con las aspiraciones del pulmón, no contaba.

Fern Y con las del corazón, tampoco. Desengáñese usted: usted tiene muchos enemigos, y formidables: los que le disputan el poder probable: los que le disputan la mujer amada: los que le disputan el aplauso recibido. La envidia y la calumnia, le acechan: ¡en guardia, Roberto!

Rob ¿Por qué dices eso?

Fern ¿Pero no han leído ustedes el periódico de esta mañana?

Rob ¿Cuál?

Fern *La Maza de Fraga.* ¡Un periódico de lucha y de escándalo!

Rob ¿Y qué dice?

Fern ¡Horrores!.. Es decir, yo no lo he leído; pero don Marcos estaba indignado. En fin, él se lo dirá á usted, porque aquí viene.

ESCANA IX

ROBERTO, DON LEANDRO, DOÑA ROSARIO, FERNANDA y DON MARCOS

Criado ¡El señor de Oropesa?..

Marcos ¡Señoras!.. ¡Señores!.. ¡Amigo Pedrosa! . (*Tendiéndole las dos manos.*)

Rob Siempre á sus órdenes.

Marcos Y yo á las suyas incondicionalmente, para todo y en todas las circunstancia de la vida. En la próspera como en la adversa fortuna. ¡Soy un amigo de veras!

Rob ¡Gracias, mil gracias! ¡No sé cómo agradecer!..

Marcos ¡Calle usted, hombre! ¡Cuando esta mañana leí ese papelucho asqueroso, buen rato pasé! Mi primer impulso fué buscar al autorcillo, y estamparle el artículo en el rostro. Después, me contuve. Si llega el caso de castigar insolentes, que llegará, créame usted, llegará, Roberto no necesita mi ayuda, pero si la necesita.. no digo nada: yo soy siempre el mismo, y todo el mundo sabe quién soy yo. (*Le vuelve á dar la mano.*)

Fern (*A doña Rosario.*) Si, don Marcos es así: ¡un hombre atroz!

Ros ¡Un hombre atroz, hija!

Marcos En todo caso, cuente usted conmigo: yo no retrocedo.

Ros No; él no retrocede.

Rob Pero, ¿qué dice ese artículo?

Marcos Nada; en sustancia nada. ¡Reticencias, dudas, preguntas! ¡Si en rigor no dice nada! ¡Pero es intencionado, muy intencionado! En fin, puede usted leerlo, aquí se lo traigo.

Rob ¡A ver qué dice! (*Mirando á la derecha.*) ¡Ah!.. (¡Ella viene!) Pero esto hay que leerlo con calma para resolver lo que proceda. Con su permiso de ustedes, voy á leerlo á mi despacho. (¡Eugenia Eugenia!.. ¡Lo sabrá todo!) (*Se dirige hacia la izquierda.*)

Lean Pero no se preocupe usted mucho. Esas indignidades se desprecian.

Marcos O se castigan.

Fern No; dice bien don Leandro: se desprecian.

Rob (*Deteniéndose en la puerta con el periódico en la mano.*) Dicen ustedes bien: el desprecio.. ¡Ah!.. ¡Qué consuelo tan grande es despreciar!.. (*Separándose un poco de la puerta.*) Yo he pensado muchas veces, que así como para el niño que va á entrar en la vida, existe el bautismo, el agua santa que limpia del pecado, la sal de sapiencia, que castra en los labios la imbecilidad, debía existir para estas cosas mundanas en que nos revolvemos, otra especie de bautismo de alguna sustancia maravillosa con que nos embadurnasen todo el cuerpo, para que en ciertos momentos brotase de nuestra piel y á nuestro alrededor se extendiese así como un inmenso

Océano de desprecio, en cuyo oleaje se anegaran los miserables, los imbéciles y los canallas, sin llegar nosotros á tocarlos. Perdonen ustedes: creí que empezaba mi discurso de mañana. (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA X

FERNANDA, DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO Y DON MARCOS. Después EUGENIA

Fern (*A doña Rosario.*) ¡Oh!.. ¡Qué talento tiene!..

Ros Mucho, mucho.. (*Al oido.*) (Pero es un poco egoista.)

Fern Muy frío de corazón.

Ros Eso no lo sabemos: lo sabrá Eugenia.

Fern Es verdad. (*Hablan en voz baja, y ríen las dos señoras.*)

Lean Es un hombre de gran mérito: quizás carece de experiencia.

Marcos Para eso están sus amigos.

Lean ¿Quienes?

Marcos ¡Todos!.. Nosotros por ejemplo. (*Siguen hablando y paseando.*)

Fern Pues no es tan segura su boda con Eugenia. Tiene un competidor: un competidor de cuenta.

Ros Sí el Vizconde; une primo segundo ó cosa así de Eugenita. En otro tiempo, estuvo concertada su boda con el Vizconde. Y Mauricio es guapo chico.

Eug (*Entrando de pronto y mirando á todas partes.*) ¡No está!

Ros ¡Eugenia!.. ¡Querida Eugenia!..

Fern ¡Monísima!.. (*Las dos le salen al encuentro cariñosas y expresivas.*)

Eug ¡Gracias, Rosario!.. ¡Gracias, Fernanda!.. (*Siguen hablando en voz baja.*)

Lean ¿Usted cree en el equilibrio europeo? Yo no creo en el equilibrio europeo.

Marcos — Ni yo tampoco. Digan lo que quieran, no me convencen.

Lean — Todo equilibro acaba fatalmente por una conflagración. Sin embargo, ¿usted cree en una conflagración inmediata? Yo no creo en esa conflagración.

Marcos — ¡Qué he de creer, don Leandro, qué he de creer¡ Además, hoy el elemento económico se sobrepone al elemento político. Para mí, no hay más que el elemento económico.

Lean — Sin embargo.. sin embargo..

Marcos — No le quede á usted duda. (*Siguen hablando.*)

Fern — *Al nido de Eugenia, que no deja de mirar á todas partes, llorosa y conmovida.*) ¡No busques.. no busques, que no está!

Eug — No, si no busco nada. Sentía calor allá dentro. ¡El gabinete de doña Mercedes es tan ahogado!.. Y vine á respirar un rato.

Ros — ¿Tienes alguna pena, monina? Estás así.. como llorosa.

Eug — (*Secándose los ojos*) ¡Qué disparate! Ya te lo he dicho: es el calor. Con el calor se me encienden los ojos,

Fern — No necesitan que los enciendan.. ¡Pues si siempre parecen dos soles!

Eug — ¡Qué Fernanda!.. (*Hablá distraidamente y siempre demostrando gran inquietad*)

Ros — Roberto está allá, en su despacho.

Eug — ¡Ah!

Fern — ¿Qué tienes?

Eug — Nada. Conque Roberto está.. Pues no le he visto hoy.

Fern — Sí; á leer un periódico se fué, y estará pasando un mal rato.

Eug — (*Alarmada.*) ¿Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Qué periódico es ese?

Fern — Un periódico en que dicen pestes de Roberto. Que quién es ese señor de Pedrosa; que dónde está su familia; que cuáles son sus antecedentes..

Eug — ¡Miserables!.. Vaya, ¡como si no conociese todo el mundo á Roberto!

Lean — ¡Querida Eugenia!..

Marcos — ¡Eugenita! . (*Los dos se acercan á Eugenia y la saludan.*) ¿Hablaban ustedes del artículo? Es el primero de una serie; según dicen.

Eug — ¡Señor, qué infamias! Y ahora él.. ¡Válgame Dios!

Marcos — Yo le traje el periódico.

Eug — ¡Mal hecho, mal hecho! La ha dado usted un mal rato, y luego.. ¡sabe Dios! Roberto no es muy sufrido, y si se incomoda.. ¡pues usted tendrá la culpa.

Marcos — ¿Pero quería usted que ese malvado quedase impune?

Eug — ¿Quién?

Marcos — El autor del artículo

Eug — Pues le buscaba usted callandito, sin que se enterase Roberto, y le decía cuatro verdades, ó se desahogaba usted con él. Si yo fuese valiente, como usted, eso haría. Lo demás, ¡vaya una gracia!) *Todos se echan á reir.*)

Marcos — Es usted terrible, Eugenia.

Lean — Esta niña es heróica.

Fern — No tengas miedo. Roberto tiene muchos amigos, se le formará una guardia de honor.

Marcos — Y hasta una guardia de amazonas. ¿Quiere usted ser la capitana?

Eug — (*Riendo.*) Ya no se estila eso. Si se estilase ¿por qué no? ¡Si yo creo que el ser valiente es muy fácil Por mucho miedo que se tenga, puede ser valiente cualquiera. Se hace uno la cuenta de que ha muerto, y ya no le pueden hacer nada peor. (¡Morir por Roberto, y que él lo supiese y llorase mucho¡)

Lean — ¡Qué chiquilla!

Marcos — Es un encanto. ¡Y qué espontaneidad!

Ros — ¿En qué piensas? ¡Te has quedado embobada!

Eug — En nada. Tengo la cabeza un poco aturdida.

Fern — (*En voz baja á doña Rosario.*) Está esperando á Roberto.

Ros — Pues te dejamos descansar, y vamos á saludar á doña Mercedes.

Fern — (*A don Leandro y á don Marcos.*) ¿Vienen ustedes?

Lean — Sí, señora; con mucho gusto.

Fern — Hasta luego: no estés preocupada. (*A Eugenia.*)

Ros — Hasta luego: no estés tristes.

Eug — ¡Qué aprensión! Si no tenga nada. (*Salen las dos señoras.*)

Lean — Yo le digo á usted y se lo he dicho á Roberto: hasta

que España no sea una nación de primer orden, no podrá estar en primera línea.

Marcos — Y lo primero es resolver el problema económico. Se lo he dicho á Roberto muchas veces. En el orden financiero, hasta que no tengamos resuelto el problema económico, no tendremos una situación despejada para la Hacienda.

Lean — Precisamente.

Marcos — No hay más. Estamos conformes.

ESCENA XI

EUGENIA Y ROBERTO

Eug — Me parece que viene. ¡No, pues si ese hombre tiene corazón, también le voy á dar yo un buen rato! (*Se sienta en el sofá y se vuelve de espaldas. mirando de reojo de cuándo en cuándo.*)

Rob — ¡Eugenia!.. ¡Mi Eugenia!.. ¡Qué valiente soy cuando está lejos! ¡Qué cobarde cuando está cerca! ¡Para los cobardes, la fuga! (*Se dirige hacia el fondo y toma el sombrero. pero deteniéndose á veces para mirar á Eugenia.*)

Eug — ¡Pues no se va!

Rob — ¡Quién sabe! ¡Quizá no la volveré á ver más! ¡Ea, no soy un niño! ¡Adiós, vida de mi vida! (*Va á salir.*)

Eug — ¡Roberto!

Rob — ¡Ah!.. ¿Estaba usted?.. ¡Salía tan distraido!.. Dispense usted!..¡ Una junta!.. ¡Una ocupación precisa!..

Eug — ¿Tan precisa es, que no puede usted concederme cinco minutos?

Rob — Por conceder.. le concedería á usted, no cinco minutos: mi vida entera.. ¡Y cien vidas más!

Eug — (*Con mimo.*) Con una me basta. No: son cinco minutos.

Rob — ¡Mire usted lo que es la prosa de la vida! Yo, que daría por usted mi existencia toda, desde su primer latido á su último aliento.. (*Conteniendose y cambiando de tono.*) no puedo concederle esos cinco minutos, porque

unos señores muy viejos, muy feos y muy antipáticos me esperan. Y la dejo á usted por ellos. ¡Seré torpe, seré ingrato, seré imbécil!.. ¡Adiós, Eugenia!..

Eug — Un momento, para que yo acabe la letanía. ¡Torpe, ingrato.. y sobre todo *cruel!* (*Con acento triste.*)

Rob — Eso. no. (*Volviendo rápidamente y dejando el sombrero.*)

Eug — Eso sí, Me deja usted sola.

Rob — No queda usted sola. Tiene usted familia, amigos, admiradores, adoradores también

Eug — No recuerdo á ninguno.

Rob — Sin ir más lejos. El vizconde, su primo Mauricio. Digo éste como pudiera decir otros muchos. Y el caso es que no quisiera decir estas cosas. (*Irritado consigo mismo.*)

Eug — (*Riendo.*) ¡Mauricio! ¡Qué idea! ¡Y dicen que tiene usted talento! ¡Que tiene usted penetración!

Rob — ¿Verdad que no?

Eug — No, si dice usted eso por motificarme.

Rob — Perdone usted, Eugenia. Yo no tengo derecho para pedir explicaciones.. ni las pido.. ni quiero pedirlas. ¡No haga usted caso de mí!

Eug — Ni usted me pide explicaciones, ni yo las doy ni aquí se trata del vizconde, sino de usted.

Rob — ¡De mí!

Eug — Sí, señor. Ni entiendo de diplomacias ni de hipocresías. Digo lo que siento, y siento.. lo que siento. Si tengo alegría en el alma, por los ojos rebosa. Ni mis palabras son pulidos disfraces, ni sé fingir amistad y cariño para dar de pronto un disgusto de muerte. Y cuando digo de una vez «quiero», no hay fuerza humana, asi, tan débil como soy, que me tuerza la buena voluntad.

Rob — ¡Eugenia, sé todo eso; pero no la comprendo á usted!

Eug — ¡Otra mentira! ¡Es mucho hombre este! Unas veces demuestra usted cariño, afecto, amistad; es usted todo un panal de mieles. Pues al día siguiente, sin más ni más, se pona usted triste, huraño, desdeñoso, y hasta descortés, por cada celdilla de panal, echa usted una púa de puerco espín. ¿Y por qué? ¿Por qué razón? ¡Si á usted no se le hace nada malo; si es usted el niño mimado de todos! Vamos, ¿por qué da usted estos cambiazos?

Rob ¡No sé; está en mí Pero hoy, ¿cómo me encuentra usted?

Eug De lo peor posible.

Rob ¿Por qué?

Eug ¡Por qué!.. Porque.. ¿lo digo (*Angustiándose.*) ¡Pues lo digo! Porque se va usted.

Rob Una ocupación indispensable..

Eug ¡Qué ocupación, ni qué excusa, ni qué mentira! Si lo sé todo, todo Si me lo ha dicho don Jenaro.. Que se va usted para siempre.. ¡para siempre!.. (*Angustiándose mucho y volviendo la cara para ocultar las lágrimas*) ¡*Siempre!* ¡Qué pal bra tan triste, tan desesperada!

Rob (*Sin poder dominarse*) ¿Y si fuese, «amar á Eugenia para siempre?» ¿Qué sería esta palabra? Digalo usted sin hipocresía.

Eug ¡Ah! (*Fingiendo bromas.*) ¡Según quien la dijese! Todos los trajes no les sientan bien á todos los niños: ni todas las palabras á todos los labios.

Rob ¿Y si fuese yo quien lo dijese?

Eug Le estoy á usted entreteniendo y la ocupación era muy precisa.

Rob No me gustan discreteos, ni coqueterías, por encantadoras que sean. Respóndame usted; quiero saber la *verdad.*

Eug ¿Para qué quiere usted saberla? ¿Para irse con ella?

Rob ¡Para saberla! Esta palabra:— «¡Amaré á Eugenia siempre! . ¡siempre!» — ¿Cómo le suena á usted?

Eug ¡Para saberlo bien y no equivocarme, necesito oirla muchas veces! ¡Tengo muy mal oído! ¡Y para que me la pueda usted decir muchas veces, no se marche usted, Roberto! ¡Lloraría mucho!

Rob ¡Qué dicha . y qué desesperación! ¡Lo que yo quería evitar! ¡Oh!.. ¡Qué débil soy!

Eug ¡Roberto! ¡No le comprendo á usted!

Rob ¡Eugenia, la quiero á usted con toda mi alma! ¡Mi alma será grande ó pequeña, sublime ó vulgar, pero tal como es, de usted es! Mi cerebro trabaja mucho, tengo muchos pensamientos; pues todos ellos son como caminos de un laberinto, todos salen al mismo punto, Eugenia. Cada aplauso que resuena á mi paso por el mundo, sólo despierta en mí esta idea. «¿Lo habrá oido Eugenia y me

querrá más porque me aplauden?» Y cada vez que me muerden y me censuran, me echo á temblar, pensando, ¿me querrá menos Eugenia, por eso que dicen de mí? ¡Ve usted, qué niñada! ¡No, si somos niños, desde la cunita de mimbres á la cuna de tierra!

Eug ¡Siga usted, siga usted, Roberto, diciendo esas cosas!

Rob ¡Es que no debía decir estas cosas! ¡Es que soy infame y cruel al decirlas! ¡Y por eso es preciso que me separe de usted para siempre!

Eug ¡Ay, Dios mío! ¡Ahosa salimos con eso!

Rob ¡Es preciso!.. ¡Es preciso!..

Eug Pero el quererse con el alma, no es ser infames. ¡Entonces, yo también soy infame!

Rob ¡No, usted no!

Eug ¡Ni usted tampoco! ¿No es usted bueno y honrado?

Rob Lo soy, tanto como usted.

Eug (*Riendo entre lágrimas.*) ¡Pues entonces, no hay dificultad!.. ¡digo, no es necesario que usted se marche!

Rob ¡Es que usted no quiere comprenderme!

Eug ¡No es fácil!

Rob (*Sin saber qué decir, sosteniendo terrible lucha consigo mismo.*) ¡Eugenia, si yo la hiciese á usted mi esposa, sería el hombre mas feliz y más desesperado de la tierra! ¡Sí, porque siempre al mayor placer, viene á pegarse como ostra envenenada el mayor dolor! ¿Esto, tampoco lo entenderá usted?

Eug Tampoco.

Rob Ni yo puedo explicarlo. ¡Soy libre, y no soy libre! Ante Dios, y ante los hombres, por ley divina y humana, puedo hacerla á usted mía, y sin embargo, ¡qué tentación tan repugnante! Alguna vez pudiera usted decirme:— «¡Roberto, me has engañado miserablemente!» —¡Y al decirme esto, sería usted tan miserable y tan vulgar, que tendría que ahogarla á usted entre mis brazos!

Eug ¡Ay, Dios mío, que usted se lo dice todo! Bueno, yo no quiero penetrar en sus secretos. Me basta saber que su alma de usted es noble y pura. ¿No lo es?

Rob ¡Lo es: tanto, como puede serlo la de un hambre!

Eug Y además, me quiere usted mucho.. ¡cuidado, yo no lo digo! Repito lo que ha dicho usted antes: usted sabrá si

lo dijo en broma.

Rob ¡La quiero á usted tanto, tanto... que ya, hasta de mi lealtad de caballero, y hasta de mi fuerza de voluntad, desconfío! ¡No, Eugenia, esta es la última vez que nos vamos!

Eug ¿De veras?.. ¿De modo que no he conseguido nada?

Rob ¡Sí, atormentarme, y atormentarse usted!

Eug ¡Es claro! ¿Qué había de conseguir yo? ¡Supongo tan poco para usted!.. ¡Sí, tiene usted razón! ¡Porque yo me aflij ama só menos, porque yo llore un poco ó un mucho, un hombre como usted no ha de cambiar su plan de conducta! ¡También era pretensiòn la mía! Pero como me lo contó de pronto don Jenaro, y como dijo que se lo iba á contar á todos aquellos pensé yo: ¡antes de que los demás le rueguen.. le rogaré yo! ¡Y vea usted, ha sido inútil!

Rob ¡Usted no comprende lo que pasa por mi!

Eug No; nadie comprende nada, ni yo le comprendo á usted, ni usted me comprende á mí.. (*Se oculta el rostro.*)

Rob ¡Eugenia!.. (*Acercándose á ella con pasión.*)

ESCENA XII

EUGENIA Y ROBERTO; MAURICIO, que entra al mismo tiempo que le anuncia el CRIADO

Criado ¡El señor Vizconde!..

Eug ¡Ah!.. (*Separándose de Roberto.*)

Rob (¡A tiempo llega!)

Maur (¡Qué oportunidad!) ¡Siempre á sus pies, Eugenita!..¡Señor de Pedrosa!

Rob Señor mío..

Eug Hastá luego, Mauricio:

Maur ¿Se va usted porque he venido?

Eug Precisamente me marchaba cuando usted llegó. Tengo que dar à aquellos señores una mala noticia. Figúrese usted si llevaré prisa.. ¡Adiós, Mauricio!.. !Adiós,

Roberlo! (*Sale por la derecha.*)

ESCANA XIII

ROBRETO Y MAURICIO

Maur ¿Se han recibido malas noticias en esta casa? Lo digo por lo que acabo de oir á Eugenia, y porque me parece que se marcha llorando.

Rob No sé, ni he reparado. Pero si viene usted á ver á doña Mercedes y á don Jenaro, por mí no se detenga usted..

Maur No: no es para ellos mi visita: es para usted.

Rob (*Con extrañeza.*) Mil gracias. En ese caso tenga usted la bondad de sentarse,

Maur Mil gracias.. Como no es usted todavía ministro, manda sentar.

Rob No me lo agradezca usted: cuesta tan poco-

Maur ¡Repito las gracias! (*Pausa.*)

Rob Pues usted dirá.

Maur Pensé que quien tendría que decir algo era usted.

Rob ¿Yo? No, ciertamente.

Maur ¿No ha recibido usted una carta mía? Era confidencial y urgente.

Rob No, señor. Salí esta mañana muy temprano y he vuelto hace media hora. ¿A qué hora la mandó usted?

Maur A las nueve, y he esperado la contestación doce horas; todo el día: ¡ya ve usted si soy hombre de calma!

Rob Dispense usted. Tal vez estará entre estas cartas que acaban de darme. (*Toma el paquete que quedó sobre la mesa.*)

Maur Es posible..

Rob ¿Será esta? (*Enseñando una.*)

Maur A ver.. ¡No; no es esa!

Rob ¿Usted la conocerá?

Maur Ya lo creo.

Rob ¿Es esta?

Maur Justamente.

Rob ¿Quiere usted que la lea ó prefiere usted decirme de pala-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

bra su contenido?

Maur — Léala usted. Me ahorra usted el trabajo de repetirla. Digo, si quiere usted tomarse esa molestia. (*En todo lo que dice Mauricio, á través del buen tono, se descubre cierta impertinencia.*)

Rob — No es molestia, señor Vizconde, con su permiso.. (*Mauricio se inclina: Roberto lee la carta: la actitud de Mauricio queda encomendada al actor.*)

Maur — ¿Acabó usted?

Rob — Sí, señor.

Maur — ¿Qué dice usted?

Rob — Qua me sorprende mucho lo que dice esta carta.

Maur — A mí, no ¡Qué demonio!.. A mí no podría sorprenderme, aunque la hubiese usted leido en voz alta; porque como la he escrito yo.. (*Se rie y Roberto también.*)

Rob — Pero como yo no la he escrito..

Maur — Es natural.. Pero, en suma, ¿qué dice usted?

Rob — ¿Usted recuerda lo que ha escrito aquí?

Maur — Me parece recordarlo.

Rob — Lo pregunto, porque la carta parece escrita en un momento de alucinación, de fiebre.. me atreveré á decir de extravío.

Manr — ¡Oh! ¡Atrévase usted!.. Usted es hombre que se atreve á todo.

Rob — Pues, sin embargo, no me hubiera atrevido á escribir esta carta.

Maur — ¿Por qué?

Rob — Porque no tenía usted derecho á escribirla, y como no tenía usted derecho á escribirla, resulta casi una impertinencia.

Maur — ¿Sí? Pues no creía ser impertinente. Pero tiene usted razón; está escrita en un momento de excitación extraordinaria. Acababa de ver á usted dando el brazo á la salida del teatro á Eugenia.

Rob — ¡Es verdad!.. ¿Y qué?

Maur — Que la miraba usted de una manera..

Rob — Como la mira todo el mundo: con el mayor respeto.

Maur — sí, con mucho respeto. Pero como el que ama mucho. Como la miro yo.

Jen — ¡Oh!.. Dispense usted. Los dos no podemos mirarla del

mismo modo.

Maur — Es verdad.. Yo soy antiguo amigo de la casa: pariente casi de los Vergaras: la madre de Eugenia y la mía concertaron nuestras bodas:de suerte que, en rigor yo soy su prometido. Y usted no es nada de esto. Usted es un advenedizo en el buen sentido de la palabra: advenedizo en casa de don Juan. Aunque se ignora cuál es su familia de usted, puede asegurarse que no tiene usted parentesco con Eugenia. Seguramente está enamorado de ella; pero como esto á nada conduce no hay para qué tener en cuenta esta circunstancia, De todo lo cual, se deduce que nuestra situación respecto á Eugenia es completamente distinta.

Rob — ¿Y no se deduce más?

Maur — Se deduce que, como la asiduidad de usted y su galantería mortifican mia mor propio y contrarían todos mis proyectos, y sobre todo, excitan mis celos, porque yo estoy enamorado de Eugenia, deseo que en lo sucesivo cese usted de molestarla,

Rob — No; si no la molesto.

Maur — Pero me molesta usted á mì.

Rob — Es posible·

Maur — Es seguro. Y por eso en mi carta le exigía qne dejase de frecuentar el trato y la casa de don Juan y de su hija. Y si le fuese á usted posible emprender un pequeño viaje de tres ó cuatro meses, ahora precisamente que principian las vacaciones parlamentarias, tanto mejor. En ese tiempo termino yo mi boda con Eugenia. Y luego vuelve usted para ser ministro, para ser presidente del Consejo, para ser jefe de situación, y salvador del Estado, y regenerador de la patria, y todo lo que usted apetezca. Que casado yo con Eugenia, hasta soy capaz de apoyarle á usted en el Parlamento, pagando de este modo tributo á su talento y á sus altas cualidades. Pero no todo ha de ser para uno: para usted la patria y la gloria, y gócelas usted con salnd muchos años; para mí, Eugenia.. (*Pausa.*) Ya que no ha contestado usted á mi carta, sirvase usted contestar á mi discurso. Usted tiene extraordinario talento para la réplica.. (*Otra pausa.*) Estoy esperando la contestación.

Rob — Si no puede usted imaginar el compromiso en que me pone.

Maur — Dfebarato sus planes de usted.

Rob — Por completo. Ya no puedo.. no puedo.. materialmento no puedo sin caer en el ridículo, hacer lo que pensaba.

Maur — Pues lo siento mucho, pero mantengo mi exigencia de caballero á cabaliero y de hombre á hombre á ser preciso, aunque lo deploraría.

Rob — Pues ahí está; que yo no admito exigencias de nadie. y menos en tono de amenaza, y aun menos en tono impertinente. Y lo deploro, ni más ní menos que usted

Maur — ¿Es su última resolución?

Rob — Yo no tengo que dar á usted cuenta de mis resoluciones. Y dispenseme usted.. (*Levantándose,*) pero tengo que dar la última mano al discurso de mañana.

Maur — (*Levantándose, pero sin apresuramiento.*) Mire usted que seria una lástima que no pudiera usted pronunciar ese discurso tan hermoso.

Rob — Y no sería menor lástima que no pudiera usted oirlo.

Maur — También pudiera ser. Pero podemos salir de dudas mañana mismo antes de la hora del discurso.

Rob — Gracias á Dios que puedo complacer á usted en alge.

Maur — Pues aún tengo que pedirle un último favor..

Rob — Como yo pueda complacerle .

Maur — Que no salga usted esta noche, hasta que vengan á visitarle dos amigos mios.

Rob — Esperaré gustoso.

Maur — ¡Mil gracias, señor de Pedrosa!

Rob — No hay de qué, señor Vizconde. (*Se dan la mano con mucha cortesia.*)

ESCENA XIV

ROBERTO, MAURICIO, FERNANDA y DOÑA ROSARIO, vienen delante. DON LEANDRO, DON MARCOS y DON JUAN, entran formando otro grupo. EUGENIA y DON JENARO, los últimos

Fern — ¡No es posible!

Ros — ¡Qué disparate!

Jen — Ya les amotinamos.

Lean — ¿Qué desfallecimientos son estos?

Marcos — ¡Renunciar á la vida pública, abandonar á los amigos

Maur — ¡Ah! ¡Pero es que usted pensaba.. es que usted se anticipó.. amigo Roberto!..

Rob — Pero, ¿qué están ustedes diciendo? ¿Alejarme yo?! ¿Abandonar esto? ¡Ni un minuto, ni un segundo! Aquí, á pie firme. Mañana el discurso; después, la lucha, después, el poder.. ¡Vengan los enemigos! ¿Lo quieren? ¡Pues sea! ¡No! No me marcho, Eugenia; era una broma. ¿Y la creyó? ¡Qué inocente! (*Todos rien y hablan entre si. A Eugenia.*) ¡Aquí, queriéndote, adorándote, disputándote á ese hombre, al mundo entero! ¡Perdiendo por ti la honra y la vida, y abrazado á tí rodando por el abismo!

Eug — ¡Qué malo es usted! ¡Pero, qué alegría tan grande!

Rob — ¡Conque, señores; mañana el discurso, y después la lucha á muerte!

Maur — ¿No sería mejor antes?

Rob — ¡Esa, sí; yo hablaba de otra lucha más tremenda, más mortal, más desesperada!

Eug — (*A don Jenaro.* (¡Qué cruel, pero qué bueno!)

Rob — ¡Qué hermosa!.. ¡Y yo, qué miserable!

FIN DEL ACTO PRIMERO